

La cruzada de Jaume I

ANTON M. ESPADALER

Se dice en circunstancias anodinas que la ocasión la pintan calva. El refrán también sirve para los libros. Se editan tantos, pero son tan pocos los que valen la pena, que cuando aparece uno bueno de verdad uno se abalanza sobre él con fruición. Es lo que me ha ocurrido -y espero que les suceda también a ustedes- con el magnífico libro que acaba de publicar el bizantinista Ernest Marcos: *La croada catalana. L'exèrcit de Jaume I a Terra Santa (L'Esguera dels Llibres)*. Marcos, que escribe muy bien y sabe organizar un ingente material con nervio narrativo para que el lector siga con tensión un relato apasionante, logra no sólo que aprenda historia -lo que ya es mucho- sino que encima entienda la historia, lo que es mucho más. Y no sólo la del objeto de este ensayo, sino la de un periodo muy complejo de la edad media, en Europa y en el mundo entonces conocido. A mediados de la década de los sesenta se produce una coyuntura inesperada que colocó al mundo en una de esas raras encrucijadas en las que su destino podría haber dado un vuelco espectacular. Los enclaves cristianos de Tierra Santa, cada vez más empujados, los mongoles, que habían visto detenida su expansión en Oriente, y los bizantinos, que habían expulsado al último emperador latino, se encontraron con que compartían el mismo enemigo: los mamelucos del poderoso, sanguinario, temido sultán Baibars de Egipto. Un tipo venido de las estepas rusas. Mongoles y bizantinos enviaron embajadas a los principales reinos cristianos de Occidente para tratar de construir una alianza para enfrentarse con algún éxito al ambicioso sultán. Pero Occidente, como tantas veces antes y después, no movió un dedo, perdido en sus proyectos particulares, y atenazado por sus recelos. El papado recelaba del emperador ortodoxo; el rey de Castilla, de su suegro aragonés; el de Francia, san Luis, iba a la suya; las repúblicas italianas sólo procuraban por los intereses de sus emporios de ultramar. Sólo un rey cristiano, Jaume I, tomó en serio la propuesta, y corrió el riesgo de formar parte de una coalición que a los ojos censores del papado tenía algo de perverso, pues implicaba unir la cruz a los signos de un hereje -el emperador de Bizancio- y de un pagano -el emperador de los mongoles.

El Papa privilegió el proyecto de san Luis que acabó con un fracaso estrepitoso y con su propia vida en Túnez. Esta expedición fue tan catastrófica y absurda que un historiador serio como Jacques Le Goff se pregunta si los franceses del siglo XIII sabían geografía. Jaume I sí, y tomó la cruz para ir a Acre. El problema es que una cruzada no se puede acometer sin el alma limpia de pecado. Y a los ojos del Papa, el rey aragonés arrastraba la mancha de sus amoríos con Berenguera Alfonso, con quien se había medio casado después de repudiar a su tercera esposa. Pero el rey, vacante la Santa Sede, se hizo a la mar a mediados de septiembre de 1269. Sin embargo, una tempestad terrible separó a la flota y el rey después de pasar quince espantosos días a merced de los vientos, desembarcó en Aigües Mortes. En su autobiografía describe con dramatismo la dureza de la navegación y la desazón que le produjo comprender que la Providencia le expresaba tan claramente su disconformidad con lo que no fue una simple aventura, sino un proyecto de muy largo alcance para situar a la Corona de Aragón en el centro del mundo.

AQUEL FUE UN proyecto de largo alcance para situar la Corona de Aragón en el centro del mundo